

094. ¿Un himno oficial en la Iglesia?...

¡Hay que ver los cantos que llegamos a entonar en nuestras iglesias! No hay institución patriótica o social que gane a los hijos de la Iglesia a cantar y más cantar en honor de Dios, de Jesucristo, de la Virgen su Madre, y esto en todas partes, y desde los comienzos mismos del Cristianismo.

Pero, entre tantísimos cantos, ¿cuál es —podríamos decir— el himno oficial, y que, por lo mismo, debe ser el más cantado, el que debe salir de nuestras gargantas con más entusiasmo, con más empuje, con más ardor?... Todos tenemos ya su nombre en los labios: ¡El Credo!...

El Credo es el himno de nuestra fe. El santo y seña de los creyentes. El que distingue al seguidor de Jesucristo. En vez de “Credo”, palabra latina, se le llamaba antiguamente con la palabra griega “Símbolo”, tomada del ambiente militar. Si se encontraban dos soldados desconocidos, el uno le preguntaba al otro por el “símbolo”, el santo y seña que se les había dado para aquel día.

¿Respondía bien? Era del mismo ejército. ¡Amigos, y en paz!...

¿No lo sabía? Era del frente contrario. Enemigo a la vista. ¡Al tanto!...

Conforme a esta costumbre militar, el Símbolo era la contraseña de los cristianos. , “porque se valían de ella, como una señal o divisa, por la cual pudieran distinguir fácilmente a los desertores, a los intrusos o falsos cristianos que adulteraban el Evangelio, de aquellos que fielmente se alistaban en la milicia de Cristo” (Catecismo Romano)

En la preparación bautismal, adelantada ya la cuaresma, se le entregaba al catecúmeno el Credo escrito, con el encargo: -*¡Apréndelo!* Era la “entrega” del Credo. Al cabo de días, venía la pregunta: -*¡A ver! ¿Te lo sabes ya de memoria?...* Si lo recitaba, se le consideraba dispuesto para recibir el Bautismo, y venía la “devolución” del pergamino o el papiro. El Credo quedaba grabado en la mente y en el corazón...

El Credo ha sido siempre en la Iglesia no solamente respetadísimo, sino también amado de corazón. Un famoso escritor francés decía con muy buen humor, como si se tratara de las elecciones: -*¿Que cuál es mi partido? La Iglesia... Mi profesión de fe, aun en política, es únicamente el Credo* (L. Veuillot)

Otro escritor no menos famoso (Menéndez y Pelayo), haciendo gala de su fidelidad al credo, desafiaba a los que se reían de su fe: -*Soy católico, no nuevo, ni viejo, sino católico a machamartillo como mis padres y abuelos. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, sin rehuir ninguna de las consecuencias de la fe que profeso.*

Se podría decir que el Credo es a la fe lo que son los Mandamientos a la moral.

Los Mandamientos contienen como en germen, como en semilla, todo lo que el hombre ha de observar como mandado por Dios.

Y el Credo contiene también como en síntesis, como un resumen, todo lo que hay que creer como revelado por Dios.

Estas verdades fundamentales del Credo son de tal manera firmes que, negada una cualquiera de ellas, se deja de ser católico y se reniega de Jesucristo. Mientras que, admitidas, uno se confiesa discípulo del Señor. Como se dio el caso con aquel perseguidor de los cristianos en los tiempos del Imperio.

Una de las vírgenes paganas de Roma le persuade: *-Ese Jesucristo a quien tú persigues es Dios.*

Palmacio —así se llamaba el perseguidor—, se asombra: *-¿Eso me dices tú, una vestal?...*

No se detiene más. Pregunta sobre esas cosas que creen los odiados cristianos, busca al que era su jefe, y lo llevan hasta el Papa San Calixto, que le pregunta:

- ¿Crees en Dios, Padre omnipotente, el Creador de todas las cosas?...

- ¡Creo!...

- ¿Crees en Jesucristo, su Hijo único? ¿Crees en el Espíritu Santo?...

Palmacio responde cada vez más firme y con lágrimas: *- ¡Creo, padre mío! He visto claramente al Señor Jesucristo, que me ha iluminado!*

El Papa Calixto le administró el Bautismo, que después recibían su esposa, sus hijos, así como un grupo de compañeros, todos ellos destinados por Dios a la gloria del martirio (Admitido por los Bolandos)

El Credo, decía un escritor de la Iglesia antigua, es el capital de doctrina que Dios entrega al cristiano para que la guarde fielmente y no la cambie por otra fe:

- Has recibido oro, y oro has de dar. No quiero sustitutivo. No cambies el oro por plomo. No quiero oro falso, sino el verdadero que te di (Vicente de Lerins)

¡El Credo! Cuando nosotros lo recitamos, nos remontamos hasta los Apóstoles: tan antiguo es.

¡El Credo! Con él en los labios, la fe en la Trinidad Santísima no muere nunca.

¡El Credo! De manera tan breve, con él confesamos lo que Dios nos pide para salvarnos.

¡El Credo! Tan simple, tan sencillo, tan inteligible, tan venerable, era para nuestros primeros hermanos en la Iglesia antigua un pasaporte para el Bautismo, para el martirio, y para el Cielo.

¡El Credo! Con él cerramos nosotros en la celebración dominical toda la enseñanza que nos dicta la Iglesia por la lectura de la Palabra de Dios y la exhortación de los Pastores.

¡El Credo! Es para nosotros una seguridad por la petición de la misma Iglesia, que le dice a Dios: *“No permitas que sean combatidos por perturbación alguna aquellos a quienes afirmaste sobre la roca de la fe de los apóstoles”*, que nos la entregaron compendiada en el Credo bendito...

¡
El Credo, himno de nuestra fe! Aquí en la tierra cantamos lo que creemos sin ver. En el Cielo cantaremos lo mismo, pero ya sin fe, sino viendo cara a cara lo que aquí habíamos creído...